

## Un oscuro personaje de *El Ruedo Ibérico*, de Valle-Inclán: el Conde Blanc

### A Dark Character from *El Ruedo Ibérico*, by Valle-Inclán: the Count Blanc

---

JAVIER SERRANO ALONSO

Universidad de Santiago de Compostela. Grupo de Investigación Valle-Inclán (GIVIUS). Facultad de Humanidades, Campus de Lugo, 27002 Lugo (España).

Dirección de correo electrónico: [javier.serrano@usc.es](mailto:javier.serrano@usc.es).

ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-1432-9520>.

Recibido/Received: 17-1-2023. Aceptado/Accepted: 26-6-2023.

Cómo citar/How to cite: Serrano Alonso, Javier (2023). “Un oscuro personaje de *El Ruedo Ibérico*, de Valle-Inclán: el Conde Blanc”. *Castilla. Estudios de Literatura*, 14, pp. 774-803. DOI: <https://doi.org/10.24197/cel.14.2023.744-803>.

Artículo de acceso abierto distribuido bajo una [Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional \(CC-BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/). / Open access article under a [Creative Commons Attribution 4.0 International License \(CC-BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

**Resumen:** En este estudio se profundiza en el conocimiento de un personaje real que circula por las novelas de *El Ruedo Ibérico* de Valle-Inclán, un ser del que apenas se tenían noticias de su vida. Por ello se reconstruye su biografía, con el fin de clarificar en qué medida la trayectoria de este personaje se acomoda a la representación literaria que hizo el escritor de él, cómo utilizó los datos que pudo conocer de su carácter, y de qué manera construyó este prototipo de parásito social encumbrado, con el fin de conocer quién fue el Conde Blanc, Luis María César de Borbón, algo que, hasta el momento, no se había realizado.

**Palabras clave:** Valle-Inclán; *El Ruedo Ibérico*; personajes; el Conde Blanc.

**Abstract:** This study explores the knowledge of a real character who circulates in the novels of *El Ruedo Ibérico* by Valle-Inclán, an unknown being of whom there was hardly any news of his life. For this reason, his biography is reconstructed in order to clarify to what extent the trajectory of this character fits in with the literary representation that the Galician writer made of him, how he used the data that he came to know about his character, and how he constructed this prototype of a social parasite. But the essential aim of this work is to get to know who Count Blanc, Luis María César de Borbón, was, something that, until now, had not been done. Through bibliographical, newspaper and archive research, it has been possible to elucidate who he was and how he acted before the Spanish royal court.

**Keywords:** Valle-Inclán; *El Ruedo Ibérico*; characters; Count Blanc.

---

## INTRODUCCIÓN

Valle-Inclán, a principios de 1926, inició su proyecto de *El Ruedo Ibérico* con la novela entonces titulada *La Corte Isabelina* (*La Corte de los Milagros*). En el inicio de ella se menciona a un personaje que, sin embargo, no será actante en esta entrega. Sí tendrá una presencia notable en la segunda novela isabelina, *Viva mi Dueño*, en 1928. Y un año después, en la revista bonaerense *Caras y Caretas*, editaba una novela corta titulada “Un Bastardo de Narizotas”, cuyo protagonista será este personaje, que solo había tenido una fugaz presencia en las dos narraciones extensas del ciclo ibérico. Es un prototipo excepcional de *vivales*, con una enorme vocación de parásito social, aspirante a las más altas posiciones en el escalafón hispano. Y así busca, y obtiene, el reconocimiento como miembro de la familia real, aunque sea como sobrino de la mano izquierda de los monarcas. Su nombre es Luis María César de Borbón, o Conde Blanc. Se podría tener por una genial creación de Ramón del Valle-Inclán, uno más de esos sinvergüenzas que recorren las páginas de su gran serie de narraciones históricas, como el Barón de Bonifaz, pero sorprende que, en realidad, no está inventando un nuevo carácter artístico, sino que se trata de un ser que en efecto existió, y que en gran medida obtuvo sus objetivos, aunque fuera del tiempo histórico de estas novelas. Por ello, vamos a profundizar no solo en la presentación que nos hace de él el escritor en sus textos, sino en los datos que se han podido reunir acerca de su existencia, hasta ahora absolutamente oscura.

En este trabajo se pretende clarificar en qué medida la biografía de este personaje se acomoda a su representación literaria en la obra de Valle-Inclán, y cómo utilizó los datos que pudo recopilar de él para diseñar a este modelo de sinvergüenza. Pero, y esto es esencial, se procura conocer quién fue el Conde Blanc en su realidad, algo que, hasta el momento, no se había pretendido. Como las breves aproximaciones que se han hecho del ser histórico Luis María César de Borbón en absoluto dilucidaban nada acerca de su presencia en la corte isabelina en el ocaso de la misma, se ha realizado una amplia investigación histórica, hemerográfica e intertextual con el fin de dilucidar cómo fue el auténtico Blanc, cómo pudo aprovecharlo el escritor para pergeñar su interpretación esperpéntica, y de qué forma se le representa en *El Ruedo Ibérico*. Además, se suma a este estudio una aportación documental

esencial, su presencia en el Legado manuscrito Valle-Inclán Alsina que se conserva en la universidad de Santiago de Compostela.

### LO QUE SE CONOCE DE LA VIDA DEL CONDE BLANC

La vida del que se hizo llamar Conde Blanc está sumida en la confusión y en el trastrueque de datos y rumores que rara vez fueron confirmados por hechos ciertos. Sí se puede decir que en la España del siglo XIX el supuesto príncipe Luis María César de Borbón fue prácticamente ignorado, sin trascendencia pública, pues su existencia solo fue advertida una vez falleció, momento en que la prensa nacional se hizo eco de las noticias que llegaban de medios franceses. Sin embargo, en Francia vivió diversos momentos de protagonismo debido a las controversias en las que se vio implicado, convertido en piedra de escándalo, como era habitual entre las familias reales de triste destino que se acogían a la hospitalidad francesa. Debió ser una diversión para los periodistas franceses aproximarse a los excesos, locuras, enfrentamientos y bulos que rodeaban a toda una corte de personajes pintorescos que, en la mayor parte de los casos, inventaban historias fabulosas con el objeto de vivir a costa de los ingenuos monárquicos desorientados.

¿Qué sabemos de cierto del Conde Blanc? Pues que era francés de nacimiento, hijo de franceses, y de desconocida ascendencia hispana. Su nombre real era Louis Eugène Blanc,<sup>1</sup> aunque según el investigador que tuvo acceso a la documentación más personal del conde, Frédéric Mireur (1904-1905, y *Annales*, 1905: 74), su nombre completo era Maxime-

---

<sup>1</sup> Los únicos datos realmente ciertos acerca de él los tenemos a través de dos actas notariales que se conservan en los Archivos Nacionales de Francia. En el documento MC/ET/XII/1811 se encuentra una donación que hace Anne Césarine Jenny Roubaud, el 3 de agosto de 1869 ante notario, casada en primer matrimonio con Jacques Auguste Blanc, y en segundas nupcias con el famoso fotógrafo Pierre Lanith Petit, donde se menciona a sus hijos, que son Louis Eugène Blanc, de su primer esposo, y Auguste Marie Joseph Petit y Marie Pierre François Petit, del segundo. Y en otro documento notarial, el MC/ET/IV/1442, del 13 de agosto de 1869, en este caso un poder que concede Pierre Lanith Petit, donde se vuelven a mencionar a sus herederos, y allí se le nombra de nuevo como Louis Eugène Blanc. Este nombre es el que ofrece Cévoule (1957: 134).

César-Louis-Eugène Blanc.<sup>2</sup> También este investigador es quien desvela los datos de su nacimiento: en Draguignan, departamento de Var, en la región de Provenza-Alpes-Costa Azul, el 2 de septiembre de 1839.<sup>3</sup> Era hijo de Jacques Auguste Blanc, el supuesto hijo de Fernando VII, nacido en 1801 y fallecido en 1842, capitán de caballería del ejército francés, y de Anne Césarine Jenny Roubaud. Los padres casaron el 23 de octubre de 1835, y la madre, una vez quedó viuda en 1842, contrajo matrimonio con el fotógrafo Pierre Lanith Petit, y con quien tuvo dos hijas.

Aparte de estos datos, no se sabe nada cierto sobre su infancia y primera juventud. Lo indiscutible es que durante el reinado de Isabel II es un ser anónimo en Francia y en España, y según parece no conoció su supuesto linaje hasta 1869. Estos pretendidos orígenes se concretaban en que era hijo de un hipotético bastardo del rey Fernando VII de España. Sobre su nacimiento, la rumorología periodística francesa creó todo un catálogo de versiones, a cual más pintoresca, retorcida e incongruente. Cuando el Conde Blanc saltó a las noticias de la prensa gala, cosa que ocurrió a partir de 1872, lo que siempre se destacó es, principalmente, su hipotético origen real. Eso sí, en general se confundían con demasiada frecuencia, y lo mismo lo proclamaban nieto como hijo del *Deseado*. Cómo se explicaba que fuese hijo de un rey que había fallecido seis años antes de su nacimiento, es algo que jamás resolvían estos periodistas. La primera versión que se ofreció fue la que recogió *Le Gaulois* (1872: 2-3), para quien el joven Fernando, siendo Príncipe de Asturias, se había casado con una princesa de Nápoles, la cual murió cuatro años después, aunque antes, estando el Príncipe en prisión por orden de Godoy (una falacia imposible, claro está, aunque tanto Fernando como su esposa, María Antonia de Nápoles, eran enemigos del todopoderoso príncipe de la Paz), la princesa tuvo un hijo al cual se hizo desaparecer. Criado en la clandestinidad, con el tiempo se casaría con una descendiente de la Casa de Lorena, con la que terminó amasando una fortuna opulenta que

---

<sup>2</sup> Estos nombres los repite un investigador posterior, Maurice Derché, quien trabaja con los documentos inéditos de Mireur (A. M. G., 1932: 182).

<sup>3</sup> Mireur solo indica el año, 1839 (1904-1905, y *Annales*, 1905: 74), y es Derché (A. M. G., 1932: 182) quien precisa la fecha exacta. No obstante, el documento que verifica el dato es el notarial del 3 de agosto de 1869, donde se indica concretamente: “Louis Eugène Blanc, né le 2 septembre 1839 à Draguignan (Var)”.

heredaría su hijo. Y falso es también que este hijo clandestino se casase con una mujer de la Casa de Lorena, y más aún que le dejasen al Conde Blanc una gran fortuna. Un par de meses después, otro periódico parisino, *Le XIX<sup>e</sup> Siècle* (1872: 2) ofrecía otra versión bastante distinta: afirmaba que una de las cuatro esposas de Fernando (no se indica cuál de ellas) dio a luz un niño que se hizo pasar por muerto el mismo día de su nacimiento. Este niño fue llevado en secreto a los Estados Unidos, donde se casó a los diecinueve años con una criolla. Este relato es una barbaridad en todos sus términos, comenzando porque es un sinsentido pensar que se haga pasar por fallecido a un niño que debería convertirse en heredero de la corona, y que no podía por eso ser más deseado. Una tercera formulación de la historia nos la ofrece *Le Messager du Midi* (1875: 1), para quien Fernando VII se casó en matrimonio morganático con una desconocida, de la que tuvo a este hijo desaparecido. Más pintoresca es aún la historia que construye *Le Gaulois* en 1875 (1), para el cual el niño sería hijo del propio Fernando y de una campesina de Valençay, algo que le rectifica *L'Écho des Pyrénées* (1875: 2), afirmando que el Conde Blanc nunca se declaró hijo del monarca español.

Las versiones descabelladas sobre el origen del oscuro pretendiente aún se seguirán sucediendo en las páginas de la prensa, como la extensa, complejísima e ininteligible historia que nos cuenta *Œdipe* en *Le Figaro* (1884: 3), quien afirmaba que el rocambolesco relato que va a exponer se lo confió un alto cargo de la corte española, y que vamos a evitar desarrollar aquí, pues es una insensatez total.

Este tipo de historias, como se ve, llegan al absurdo, acaso porque no existen datos ni para construir el árbol genealógico de Blanc, ni para justificar sus derechos al trono de España. Y la confusión de los periodistas-historiadores llega a tal grado, que todo se convierte en un divertido juego donde la precisión se obvia desde el primer momento. Un claro ejemplo de ello es el baile que se produce en cuanto a la relación del Conde con su posible antepasado Fernando VII: lo mismo es nieto que hijo de *Narizotas*. Señalarle como hijo del monarca es imposible, pues por su edad no podía ser retoño de un hombre fallecido en 1833.

También se entrecruzan en esta danza de derechos sucesorios de la “majesté *in partibus*”, como graciosamente le denominó Vauquelin (1884: 1), su posible derecho al trono francés una vez falleció Henri

d'Artois en 1883, hijo del duque de Berry y nieto de Carlos X. Este fue el último monarca Borbón del reino de Francia, quien al no tener descendencia directa sus derechos legitimistas pasaron a don Carlos, duque de Madrid y pretendiente carlista del trono español. Sin embargo, Louis Eugène Blanc nunca mostró el menor interés por el trono de una república como era Francia, al igual que le ocurrió al duque de Madrid.

Como ya se ha indicado, el Conde Blanc fue absolutamente ignorado hasta 1872, cuando por vez primera empezó a aparecer su extraña figura en la prensa francesa gracias al revuelo que se produjo en la ciudad de Pau debido a su llegada, y por el misterio del que empezaba a alardear, el del hecho de ser heredero de la corona de España. Pese a llevar un año en el trono Amadeo I de Saboya, este monarca no lograba afianzarse en él, y así continuaba la corona en ferias. Esta presentación en escena del Conde Blanc crea un problema entre los pretendientes hispanos al cetro: "L'apparition inattendue d'un descendant des souverains légitimes cause un vif émoi dans le camp des carlistes" (*Le XIX<sup>e</sup> Siècle*, 1872: 2), y la prensa le muestra como "d'un personnage mystérieux" (*Le Figaro*, 1872: 2). Entonces los periodistas solo se preocupan por sintetizar lo esencial de sus orígenes reales. Y desaparece, no volviéndose a saber de él hasta tres años después.

En 1875 reaparece, y con gran impulso, en el mundo de las rotativas, justo un par de meses después de que Alfonso XII fuese proclamado rey de España. Se debió a un oscuro asunto, el de su detención, registro domiciliario y liberación posterior con la pena de expulsión del país. Y esta causa judicial nos explica lo que sucedió entre 1872 y 1875. Vivió acomodado en una lujosa villa de Jurançon, en las proximidades de Pau. Era una propiedad de un anciano devoto de la causa legitimista, quien además sufragaba todos los gastos de lo que llamaron "Casa del Rey", por supuesto muy altos (Croixvet, 1885: 2). Allí instala una corte en miniatura con diversos personajes que cumplen cargos palatinos, como Gran Chambelán, o el de "grande maîtresse du palais". Este último lo ocupa un personaje que será una clave esencial en toda esta historia grotesca. La prensa, como hace Croixvet (1885: 2), habla de que en 1871 conoció a "une riche veuve anglaise", concretamente la condesa Rapp (*L'Indépendant des Basse-Pyrénées*, 1878: 2). En efecto, esta condesa es un personaje esencial en toda la historia de Louis Eugène Blanc en estos

tiempos. Sí era una rica viuda, pero no inglesa, sino francesa. En las noticias de la prensa se la suele presentar como esa rica viuda inglesa, pero hija de un ayudante de campo de Napoleón. Todo es correcto, salvo el dato de su nacionalidad. Se refieren a Emilie Mélanie Mathilde Rapp (París, 1817-Lieja, 1899), hija del general Jean Rapp (Colmar, 1771-Bad Bellingen, Alemania, 1821), quien participó en muchas campañas del emperador, y que se hizo famoso por haber salvado la vida del emperador en dos ocasiones. Ennoblecido por este, tuvo dos hijos de un segundo matrimonio, siendo Mélanie la segunda en el orden. ¿Por qué le atribuían la nacionalidad inglesa? Seguramente porque su fortuna personal procedía de su matrimonio con un banquero londinense, sir John Adrien Hope, el cual había fallecido en 1863.

Lo cierto es que, como señalan diversas noticias, el Conde Blanc terminó convenciéndola sobre sus derechos legítimos al trono de España, lo cual condujo a la anciana a apoyar económicamente sus pretensiones. Los periodistas la describen como una mujer senil, con graves problemas intelectivos, que se deja saquear. Sin embargo, ella no participó en sus conflictos judiciales de 1875. Es muy posible que, como indica la enciclopedia Larousse (s.a.: 581), fuese el propio gobierno restauracionista de España quien emprendiese la persecución policial contra Blanc, nada más entronizar a Alfonso XII. Las autoridades españolas, conocedoras de la farsa de Jurançon, quieren acabar con esta corte de pega, y solicitan a la administración francesa que clausure la mascarada pirenaica. El gobierno de París envía al jefe de la policía política, Lombard, y exige al prefecto de Pau, el conde de Nadaillac, que liquide con presteza el asunto. Lombard, acompañado por un pequeño ejército de gendarmes y policías, se presenta en la villa Roques y detiene a Luis María César. Hacen un registro intensivo del palacio, e incautan una importante correspondencia comprometedoras (se entiende que de la ex reina Isabel y su familia), y de una curiosísima colección de fotografías. ¿Bajo qué cargos se justifica esta investigación y arresto? Muy pocos medios hacen explícita la razón, pero los que la exponen hablan de sospechas de estafa (*L'Indépendant des Basses-Pyrénées*, 1875: 2). Pero, para sorpresa de todos, pocos días después se desvela que es puesto en libertad, claro que con un tipo de libertad muy extraña, pues conlleva la expulsión de Francia. ¿Cómo se pudo resolver tan

rápida­mente esta compleja trama de documentos calientes, fotos extravagantes y estafas sonadas? Pues no se aclara en ningún caso. Debemos esperar a 1932, cuando se desvela un documento esencial para entenderlo: la ex reina Isabel escribió entonces una carta al juez instructor, donde le dice: “Don Luis-Maria es un miembro de ma (sic) familia; y por tanto, non (sic) es impostor – Isabel – mars 1875” (A. M. G., 1932: 182).<sup>4</sup> Esta misiva hace recapacitar al juez De Lucy, quien entiende que no puede discutir con una ex monarca sobre sus cuestiones familiares, y así responde a la reina el 10 de abril para anunciarle el sobreseimiento de la causa, y allí, incluso, reconoce esa legitimidad refiriéndose al acusado como “Don Louis-Marie de Bourbon” (A. M. G., 1932: 182). No obstante, este reconocimiento de Isabel II no era razón para sobreseer un caso de estafa o de fraude, y tampoco debía satisfacer las peticiones del gobierno español, poder que debía tener más peso que la voluntad de una ex monarca. Las autoridades francesas determinaron que lo máximo que podían hacer, para acabar con la farsa cortesana de Jurançon, era expulsar del país al interfecto.

El asunto de las fotografías incautadas, que por cierto se perdieron, fue uno de los que más interés despertó en la prensa francesa de entonces, con descripciones en las que en general coinciden todos. Será Henri Croixvet (1885: 2), quien lo resuma a la perfección:

Entre autres, il y avait un lot de photographies représentant le comte Blanc, couronne en tête, revêtu du manteau bleu fleurdelysé, sceptre en main et entouré de sa cour également en grand costume. Détail piquant: les costumes avaient été fournis par une couturière de Paris qui présente sa note chez la reine Isabelle. La reine eut la bonté de solder la facture: ci 45,000 francs.

Pero, como se decía antes, la sospecha esencial contra Louis Eugène Blanc, y su único cargo delictivo, es el de estafa, y prioritariamente sufrido por la condesa Rapp que, como sabremos después, no presentó entonces denuncia contra el pretendiente. También es más que posible que sus fraudes tuviesen más víctimas al margen de la viuda del

---

<sup>4</sup> No obstante, lo que aporta Derché es el documento concreto, pero no el conocimiento de la mano que había favorecido a Blanc, pues de ello ya informó tiempo antes *L'Intransigeant* (1885: 3): “L'intervention d'Isabelle fit mettre le comte en liberté”.



banquero inglés, aunque estos no afloran en la noticias de prensa. Nos podemos preguntar a cuánto ascendió el timo, al menos en la persona de la incauta condesa, y en general se manifiestan cantidades que van de 300.000 a 400.000 francos. Estas cifras surgen cuando se le sigue un nuevo proceso judicial al Conde Blanc en 1878, quien ya no se encontraba en Francia, por iniciativa de la condesa Rapp. Esta decide, entonces, resucitar la denuncia de estafa que en 1875 no suscribió. Se sigue un proceso del que informa ampliamente *L'Indépendant des Basse-Pyrénées* (1878: 2), y donde no solo la defensa del Conde, sino hasta el fiscal, se oponen a las pretensiones de la anciana, por razones de la prescripción del delito, y porque el Tribunal de Casación ya había sentenciado dicha disposición. Ella insiste en que el desfalco se produjo, pero que no se implicó en 1875 en la causa contra el pretendiente por varias razones, principalmente porque además de hombre galante, le había devuelto las pequeñas sumas que le había ido prestando, pero, sobre todo, porque entonces ella misma se había entrevistado con la reina Isabel en el Hotel Basilewski, y que en este encuentro la ex soberana le había confirmado que en efecto era su sobrino. Finalmente, el tribunal acogió los argumentos de la Fiscalía, y sentenció que era un asunto juzgado, condenando a la condesa Rapp a pagar las cosas del proceso.

Y de nuevo Louis Eugène Blanc vuelve a desaparecer hasta un año antes de su fallecimiento. En 1884 hace de nuevo acto de presencia en los medios franceses, todo motivado por un rumor: la llegada del personaje a París, lo cual no era sino un simple bulo. Esto permite a algunos periodistas recuperar la rocambolesca historia del oscuro personaje, y hace que escritores como Louis Lambert, E. Vauquelin, u *Ædipe* recuerden la curiosa historia del pretendiente al trono español.

Reaparece en diciembre de 1885, debido al fallecimiento de este supuesto nieto de Fernando VII. Sabemos que Louis Eugène Blanc murió en Londres a principios de diciembre de 1885. Lo que resulta curioso es que, cuando se redactan algunas necrológicas dedicadas al personaje, en general se le reconoce su descendencia real, al que se le aplica el título de “príncipe”, y el rasgo de ser “petit-fils de Ferdinand VII d’Espagne” (por ejemplo, en *L’Intransigeant*, 1885: 3). Y es entonces cuando la prensa española se hace eco de la existencia de dicho sujeto, pero para rechazar

su posible pertenencia a la familia borbónica. Así, *La Época* responde a dichos medios, particularizándolo en *Le Gaulois*:

anuncia el fallecimiento en Londres del Príncipe Luis María César de Borbón nieto de S. M. el Rey de España, D. Fernando el Séptimo.

El colega ignora por lo visto que no hay más nietos de dicho augusto Monarca que los hijos de S. M. la reina D<sup>a</sup> Isabel y de la Serenísimas señora Duquesa de Montpensier. (*La Época*, 1885: 1).

Su vida, no obstante, fue demasiado opaca en todos sus aspectos, o al menos nos ha llegado así. Nadie lo ha estudiado adecuadamente hasta el día de hoy, y la mayor parte de la información sobre su vida es fundamentalmente producto de la infinidad de bulos, sospechas y noticias descabaladas que se difundieron, y no de datos ciertos. Lo que sí parece es que fue un producto interesado para ejercer ciertas presiones en las alturas del reino de España. Y en esto acertó de pleno Valle-Inclán al retratarlo en los textos de *El Ruedo Ibérico*. Una constante en las informaciones que recibimos de él es su relación con Sor Patrocinio. En las necrológicas se precisa que entró en la escena pública en 1869, cuando se presentó en París de mano de la Seráfica y de un dominico que se declaraba confesor de la reina Isabel (Croixvet, 1885: 1). Y a partir de este momento, sus nombres aparecen continuamente ligados. Los hallamos juntos, primero, en París, y tres años después, en 1872, se indica que cuando marcha a los Pirineos, la Monja le recibe en Pau (*Le XIXe Siècle*, 1872: 2), y en 1875, con motivo del incidente judicial, se afirma que el principal apoyo de Blanc era Sor Patrocinio. Y ello con una finalidad muy concreta: acabar con las dos ramas rivales por la corona de España, alfonsistas y carlistas (*Le Mésager du Midi*, 1875a: 1-2). E, igualmente, desde el principio es ella quien sustenta su legitimidad y sus derechos, pues es quien custodia la documentación que avala tales pretensiones (*Le Gaulois*, 1872: 2-3). Croixvet (1885: 2) narra que, cuando el Conde fue procesado en 1875, el Prefecto tuvo en cuenta ciertos milagros que tuvieron lugar en un “convent des Dames espagnoles” de Pau, y donde participó la propia Seráfica de las llagas, hechos insólitos que sirvieron para convencer a los prosélitos del pretendiente de que Dios quería su llegada al trono. El conde de Nadaillac consideró que “ces dames d’aller faire des miracles

dans leur propre patrie”. Lo cierto es que cuando se expulsa al Conde de la República francesa, la Monja ya no tiene más que hacer con el príncipe, y así regresa a España en 1877 para seguir con sus fundaciones.

Algo muy distinto es su relación con la familia real, en este caso en el exilio. Aunque nunca se explicita, muy posiblemente fue la propia Sor Patrocinio quien introdujo en el ámbito de los ex monarcas al llamado príncipe Luis María César.<sup>5</sup> Parece ser que mantuvo relaciones por separado con ambos reyes. La impresión que se puede extraer de las noticias que nos han llegado es que la reina fue constante en el reconocimiento de Blanc, y que no solo le libró de una condena en 1875, sino que lo sostuvo económicamente, tanto otorgándole ayudas en metálico como liquidando cuentas y deudas del pretendiente. Es difícil pensar que tanta generosidad e implicación de Isabel se debiese exclusivamente a que Sor Patrocinio la convenciera de su relación familiar, e hizo sospechar que acaso lo sostenía en oposición a su propio hijo, el rey Alfonso XII. Distinta parece la actitud de Francisco de Asís, quien se muestra más dubitativo en sus relaciones con el Conde. Se han conservado documentos, fundamentalmente cartas y telegramas, donde ambos soberanos trataban de “sobrino” o “primo” a Louis Eugène. En 1872 la prensa avalaba sus pretensiones indicando que “don François d’Assises, qui le qualifie familièrement de cousin lorsqu’ils sont ensemble, ce qui est souvent arrivé, et qui le connaît depuis un très grand nombre d’années” (*Le Figaro*, 1875: 3), aunque, en ocasiones, se afirma que el ex monarca negó dicha relación familiar.<sup>6</sup>

Las pruebas sobre la relación íntima de Isabel con el Conde Blanc se suceden, además de por esos documentos donde se le trata de “querido sobrino”, por otras acciones y declaraciones. Sin lugar a dudas, la más relevante es la carta que le envía en marzo de 1875 al juez De Lucy. Más

---

<sup>5</sup> Tal dato lo ofrece un periodista de *L’Intransigeant* (1885: 3), quien indica que “le prince Louis a été en 1869, sous l’instigation de la sœur Patrocino, secrètement reconnu par la famille d’Espagne et, en 1874, officiellement par la reine Isabelle”.

<sup>6</sup> Esta información nos la ofrece la condesa Rapp, quien en su investigación sobre la filiación de Louis Eugène con los Borbones, dice que: “L’ex-roi d’Espagne, le mari de la reine Isabelle, lui avait fait écrire par son secrétaire qu’il n’y avait dans la famille de Bourbon aucune personne portant le nom de *comte Blanc* et que celui dont il s’agissait était un imposteur” (*L’Indépendant des Basse-Pyrénées*, 1878: 2).

dudas debe suscitar la declaración de la condesa Rapp, por ser acaso interesada, de que la ex reina le confirmó que en efecto era su sobrino. ¿Por qué, pues, este reconocimiento inoportuno, mal documentado y que, en caso de ser veraz, habría podido generar aún mayor conflicto en el inestable trono español? Croixvet (1885: 1) lanza la sospecha de una acción de chantaje, seguramente urdida por la Monja de las llagas, acostumbrada a este tipo de actividades, y por el conde: “Faut-il croire, comme le prétendent certaines personnes bien informées, que le comte Blanc présenté chez le roi François et chez la reine Isabelle, admis dans leur intimité, s’y procura des armes dont il tint la menace suspendue sur la tête de ces deux Majestés? Ce Louis-Marie-César de Bourbon reconnu par force ne serait plus alors qu’un maître chanteur”.

Pero, como hemos ido viendo a lo largo de este amplio recorrido por la hipotética vida de Louis Eugène Blanc, todo es una especulación, una serie de confusas y falsas informaciones mezcladas con unas pinceladas de veracidad difícilmente deslindables de bulos, mentiras y fantasías de personajes interesados y de periodistas poco rigurosos. Lo que sí nos queda claro es que si el llamado Conde Blanc fue inducido a esta fantasía monárquica, o surgía de su naturaleza, no dejó de aprovecharse para gozar de una vida de lujos, deferencias y, sobre todo, de ociosidad bien alimentada. En definitiva, que Valle-Inclán supo retratarle a la perfección como el golfo intrigante, egoísta y dilapidador que parece ser que fue.<sup>7</sup>

---

<sup>7</sup> Los escasos retratos que del Conde Blanc transmitió la prensa muestran, también, la evolución que fue sufriendo en la estima de aquellos que se preocuparon de él. En un primer momento se le describe con los colores más favorecedores: “Ce personnage est, du reste, très riche, très instruit et très connu dans quelques salons parisiens” (*Le Gaulois*, 1872: 2). Aun, cuando se ve sometido al brazo de la justicia, la imagen que en alguna ocasión se muestra de él sigue siendo más que positiva: “Le comte Blanc est, dit-on, d’une taille et d’un port vraiment royal; d’une éducation intellectuelle et artistique très supérieure, il parle plusieurs langues avec élégance. Son type rappellerait exactement le type bourbonnien.(...) Il est fervent catholique, et n’aspire, dit-il, qu’à rendre sa vieille splendeur à l’Europe” (Saint-Chéron, 1875: 2). Pero pronto empiezan a cambiar las tornas, y se comienza a ver en él a un molesto impostor, lleno de excentricidades: “Du reste, ce monsieur, qui porte le nom bizarre de comte Blanc (pourquoi pas comte Bleu?), ne perd pas de temps. Il s’est déjà fait photographier dans toutes les poses connes, avec le sceptre et le manteau royal” (*Le Gaulois*, 1875: 1).

## EL CONDE BLANC, PERSONAJE ESPERPÉNTICO

La personalidad histórica del Conde Blanc nunca ha sido discutida por los investigadores de *El Ruedo Ibérico*, pero ante la falta de referencias a él en obras históricas que tratan del fin del reinado isabelino, tácitamente se han dado por ciertos los que apunta Valle-Inclán en los textos del ciclo ibérico.<sup>8</sup> Y es lo que sucede con este francés que se postuló como nieto del rey Fernando VII. Existir, sí existió, pero no participó en el período histórico que se describe en el conjunto de los textos del escritor. Por supuesto, vivía en los años que retrata, pero lo hacía en París y como un ciudadano anónimo. De eso resulta que sean falsos los episodios de Blanc en las narraciones, y también indicaciones supuestamente históricas que ha destacado la crítica, como que “acompañó a la familia real a su exilio en Pau” (Tasende-Grabowski, 1994: 87).<sup>9</sup>

<sup>8</sup> Así lo entiende, por ejemplo, Tasende-Grabowski (1994: 86), para quien, “Por muy inverosímiles que parezcan algunos pasajes, lo cierto es que se inventan muy pocos de los episodios que aparecen en la trilogía. La forma en que se describe al Conde Blanc, por ejemplo, podría parecernos un poco exagerada. Lo cierto es que si consultamos los libros de historia descubriremos que este sujeto era en verdad espectacular”. Y sí, el personaje real se parece mucho al literario, pero los episodios que se describen en los relatos valleinclánianos donde figura son absolutamente inventados por el escritor. Y no hay “libros de historia” donde se hable de él.

<sup>9</sup> Un claro ejemplo de utilizar a Valle-Inclán como fuente histórica fidedigna lo encontramos en la primera publicación de SEM, *Los Borbones en pelota* (SEM, 1991), supuestamente obra de los hermanos Bécquer. Así, en los comentarios de las acuarelas que se editan, la investigadora María Dolores Cabra Loredó, al interpretar dos de ellas (las numeradas como 32 y 84), ante la imposibilidad de reconocer a un personaje masculino que es representado, y que en ambos casos aparece en uniforme de zuavo pontificio, establece que podría ser el Conde Blanc. En el caso de la acuarela 32, dice: “Los personajes que están representados, en esta escena no resultan fáciles de identificar. (...) puede ser el conde de Girgenti (...). Así, con el ros, se nos representa también en otra ocasión, el zuavo pontificio, que sería el conde Luis Blanc –Luis María César de Borbón–, a quien la reina Isabel II reconoció como pariente después de que le reconocieran como *bastardo de la sangre fernandina* los representantes de las casas de Este, Bari, Siracusa, Toscana, Parma y desde luego Roma, representada en este caso en España por sor Patrocino y el padre Claret, que aconsejaron a Isabel II el reconocimiento de este *brote lozano de Su Majestad Católica* Fernando VII y que se había enrolado en los zuavos pontificios con la categoría de príncipe” (SEM, 1991: 276). En primer lugar, las cursivas son nuestras, con el fin de representar citas literales que la investigadora toma de *Viva mi Dueño*; en segundo, no solo adopta como hechos

Valle-Inclán tomó, no se sabe bien de dónde, la figura de este ser, y decidió utilizarlo desubicándolo de su tiempo histórico. Es una licencia legítima en un escritor, pues vio en él unas posibilidades magníficas para mostrar ese ambiente de falsedades, intereses inconfesables, camarillas y conjuras. Un golfo más en el censo de caraduras que pululaban por esta corte en liquidación, pero un golfo muy atractivo.<sup>10</sup>

Un problema que aún no se ha resuelto es el de cuáles fueron las fuentes a las que accedió el novelista para informarse sobre él. Solo conozco dos, al margen de la prensa francesa, y algo en la española. Estas fuentes son el famoso Pirala, obra histórica que don Ramón empleó muy exhaustivamente. Así, en su *Historia contemporánea. Anales de la Guerra Civil*, en sus libros tercero y cuarto, recoge por un lado la noticia del fallecimiento del Conde Blanc, tomada de la *Pau-Gazette*<sup>11</sup> (Pirala, 1893: 961), y el artículo, en este caso traducido al español, de Croixvet (1885: 1-2)<sup>12</sup> (Pirala, 1893: 963-964). Bastante tiempo después, Alfonso Roca de Togores, marqués de Alquibla (e hijo de Mariano Roca de

---

verídicos que Blanc se encontraba en palacio antes de la revolución de septiembre, sino que era zuavo pontificio y que el Papa le había concedido el título de príncipe, todos ellos hechos inventados por el escritor. En el análisis de estas dos acuarelas, otra investigadora que editó la obra de SEM tiempo después, Isabel Burdiel, en primer lugar señala lo que es una evidencia, es decir, que difícilmente se puede afirmar quiénes son los personajes representados, y en segundo lugar, se inclina por pensar que se tratan de la infanta Isabel y de su prometido el Conde de Girgenti (SEM, 2012: 226).

<sup>10</sup> Ya Bauló Domènech (1994: 95) señalaba que tal “personaje asomaba en *La corte de los milagros* y, sin duda, hacía las delicias de Valle como se demuestra por la progresiva importancia de su actuación a lo largo de la serie”, y Juan Bolufer (2016: 460) destaca que el “Conde Blanc es un personaje que parece haber formado parte de la acción de *El Ruedo Ibérico* desde su inicio”, cosa que vendría a confirmarse por su aparición en el texto endogenético [50.02.1] del Legado Valle-Inclán Alsina/USC, donde recoge un listado de personajes que aparecerían en las narraciones y donde se encuentra “El Conde Blanc” ([50.02.1.010]).

<sup>11</sup> En concreto, reproduce la nota que edita Crèmeur (1885: 2), y lo hace en su lengua original, en francés, donde ofrece algunos datos esenciales, como que se introdujo en el ámbito de la familia real en 1869, de la mano de Sor Patrocinio, que fue reconocido oficialmente por la reina Isabel en 1874, y que cuando ascendió al trono Alfonso XII fue encarcelado por orden administrativa, prisión de la que le liberó la ex monarca.

<sup>12</sup> Este artículo presenta mucha más información que la nota necrológica de Crèmeur, e incluso ofrece la posibilidad de retrotraer en el tiempo al personaje del Conde Blanc, pues Croixvet (1885: 2) apunta que cuando apareció en París en 1869, podría ser posible que se hubiese relacionado con la familia real antes de este momento. Sin embargo, muchas otras informaciones apuntan la imposibilidad de esta opción.

Togores, marqués de Molins, embajador de España en Francia en el período en el que Blanc fue detenido), y utilizando sus documentos y epistolario, elaboró un libro.<sup>13</sup> En su capítulo V, donde trata sobre “Sor Patrocinio y un supuesto hijo de Fernando VII”, afirma que se produjo un asunto “muy secreto que dio por aquellos días bastante que hacer en la Embajada”, y es el de la detención del Conde Blanc en 1875, y el proceso que se siguió contra él por cargos muy diversos, como falsificación, estafa, relaciones con “una mujer de mal vivir”, y “apariencias fundadas por pe...” (suponemos que quiere decir pederastia). De todo ello informa el embajador al ministro de Estado, Alejandro Castro, quien contesta con otra carta, de mayor interés aún (Roca de Togores, 1912: 197-198).<sup>14</sup>

Sin embargo, en este conjunto de textos no hay suficiente información sobre el Conde Blanc, y eso se percibe en los escritos de Valle-Inclán, pues accede a algunos aspectos de su carácter y actividades, pero no a datos ciertos sobre su vida. Así, inventa un par de nombres para el supuesto bastardo del rey Narizotas, como son Luis Fernando en *La Corte de los Milagros*, y Fernando Antonio Recaredo en el manuscrito que se conserva en la subcarpeta [44.07], donde recoge inciertos y ficticios datos biográficos del Conde, como el hecho de que este personaje nació en 1810 y falleció en 1850, y que además de ser hijo del monarca español, lo era también a Mme. Luisa de Ramilly, hija del general Barón de Ramilly, de la que Fernando tuvo dos hijos, el mencionado Fernando Antonio Recaredo, y otro que no nombra. Esta Luisa de Ramilly se casaría, en 1815, con el Barón de Landas. Pasa entonces a recopilar más datos ficticios del abuelo materno del Conde Blanc: el general Ramilly era teniente coronel (sic) de Guardias Españolas y Gentil Hombre del rey Carlos IV.<sup>15</sup>

---

<sup>13</sup> *Una embajada interesante. Apuntes para la historia 1875-1881* (Madrid, Imprenta Alemana, 1913). Y como se indica en su título completo, *Memorias publicadas en la revista “Nuestro Tiempo”*, en efecto apareció en esta revista madrileña en quince entregas mensuales, editadas entre el número 159, de marzo de 1912, y el 173, de mayo de 1913.

<sup>14</sup> Estos documentos los menciona Leda Schiavo (1977: 3), único caso que, entre la investigación valleinclaniana, cita textos históricos sobre este personaje.

<sup>15</sup> Por supuesto, no existió un general Barón de Ramilly, ni su hija Luisa, por lo que no pudo tener hijos del rey de España. Así lo considera también Abalo Gómez (2021: 118), para quien en estas “tres cuartillas autógrafas (...), en las que Valle-Inclán baraja



Cierto es que utilizó el nombre de Luis María César de Borbón (o Louis-Marie-César de Bourbon), como fue reconocido por Isabel II en 1874 (y no en 1868, como afirma en *Viva mi Dueño*), aunque no obtuvo ninguna otra declaración de su legitimidad, y menos del Papa Pío IX, como apunta el rey Francisco de Asís en la segunda novela del ciclo, cuando Isabel informa al Consejo de Ministros que ha decidido reconocer al sobrino de la mano izquierda: “Su Santidad acaba de agraciarse a nuestro sobrino con el título de Príncipe de Borbón” (Valle-Inclán, 1928: 161).

Otra cuestión es la de la relación de parentesco que pudiera tener con el rey Fernando. En general, Valle-Inclán se mantiene en la coherencia de tomarle por nieto del monarca (pues debido a su juventud era imposible que fuera su hijo). Solo en la novela corta que le dedica a él como protagonista (“Un Bastardo de Narizotas” / “Correo Diplomático”),<sup>16</sup> lo convierte en hijo del rey Felón, pero no en su primera versión, pues allí se indica que se presentaba como

---

posibles ascendencias para un personaje histórico de la serie, el Conde Blanc, con la referencia expresa a sus progenitores y una sucinta información sobre su bastardía. (...) / En la reelaboración novelesca del personaje no se precisan sus orígenes hasta tal punto, pero se realiza una presentación que en cierto modo respeta las notas”. Pero lo que demuestra definitivamente la ficcionalidad de estos datos biográficos es el hecho de que utilizó a este mismo personaje en *La Corte de los Milagros* para concederle ahora la paternidad de la Marquesa de Torre-Mellada: “La Marquesa Carolina era de un gran linaje francés, hija del célebre Duque de Ramilly, Mariscal y Par del Reino en la Corte de Luis Felipe” (Valle-Inclán, 1927: 40). Por otra parte, en un manuscrito conservado en el Legado Valle-Inclán Alsina/USC, el [44.11], y en una conversación entre el presidente del Consejo, Luis González Bravo, y su cuñado, el político tradicionalista Cándido Nocedal, cuando estos hablan del Conde Blanc, Nocedal indica el que sería el nombre de la amante de Fernando VII que resultaría abuela del impostor, “Juanita la Brasileña” ([44.11.009]), personaje este que resulta aún más ficticio que los anteriores.

<sup>16</sup> En adelante, se mencionarán estos textos como UBN para “Un Bastardo de Narizotas”, y CD para “Correo Diplomático”.



“nieto por la mano izquierda” (Valle-Inclán, 1929), sino en su revisión de 1933, la que se editó como “Correo Diplomático”, donde se modifica la filiación, y ahora se dice que “hacíase pasar por bastardo del rey Fernando VII” (Valle-Inclán, 1933). Pese a este desliz, el escritor en general es coherente en cuanto al parentesco, lo cual no fue la norma entre los que trataron sobre él en textos periodísticos, donde la confusión es absoluta, llegando, en algún caso, a tratarle como hijo y nieto en el mismo escrito.<sup>17</sup>

En cuanto a su imagen física, los documentos no señalan ningún rasgo destacable en él, salvo el asunto pintoresco de la colección de fotografías que se hizo realizar disfrazado de monarca y acompañado de su farsesca corte. Sin embargo, sí se ha podido acceder a una imagen suya, una fotografía de estudio que se conserva en los Archives Départementales du Var, provincia en la que nació. Aparece en pose desahogada, apoyado sobre un mueble y con una fusta en la mano derecha, los pies cruzados y la mano izquierda en la cintura. Mira hacia su izquierda, y muestra una abundante cabellera y un bigote fino.

Sin embargo, Valle-Inclán, que muy posiblemente no pudo acceder a ninguna imagen del Conde, crea de él una estampa ajustada a sus intenciones: hombre de gran altura, de ojos endrinos y rostro sensual, “buen mozo”, de aspecto mediterráneo y oriental, de nariz aborbonada, y siempre revestido con el uniforme de los zuavos pontificios. La descripción más extensa se encuentra en la novelita de la que es protagonista, donde hallamos rasgos que se repiten en otros textos. Allí es un “arrogante mozo, la barba negra de aceitosas lustres, los ojos de calina expresión, colmada de engaños, ojos moriscos, sensuales, como la boca de bello imperial, y la gran nariz aborbonada” (UBN, Valle-Inclán, 1929), descripción que en CD tiene una alteración notable, cuando sustituye “los ojos de calina expresión, colmada de engaños, ojos moriscos, sensuales” por “los ojos levantinos, sensuales” (CD, Valle-Inclán, 1933), teniendo en

---

<sup>17</sup> Esta confusión la encontramos incluso en documentos oficiales, como la carta del embajador Molins al ministro Castro el 9 de marzo de 1875, quien dice: “Hay cierto individuo, llamado B..., que pretende ser hijo natural de Fernando VII” (Roca de Togores, 1912: 197), error que repite Alejandro Castro en su respuesta: “Aquí tengo todo un expediente relativo al danzante que se supone hijo de Fernando VII” (Roca de Togores, 1912: 198). Y en la prensa francesa que trató sobre el Conde Blanc, la confusión es continua.

cuenta el significado negativo que siempre le dio el escritor a la expresión “levantino”. Añade algunos otros rasgos del personaje, como “la mirada amable, con gallarda osadía de buen mozo que sabe hacerse perdonar toda insinuación demasiado lanzada, y la redime con gentil sonrisa” (UBN, Valle-Inclán, 1929), e incluso el dato de su notable estatura: “el talle aventajado del antiguo Marqués de Toledo”, con un último dato significativo, y es el de su prosodia, que lo ubica en su auténtico origen: “Hablaba el toscano con nasales francesas” (UBN, Valle-Inclán, 1929).

En las novelas de *El Ruedo Ibérico* es menos frecuente la descripción del personaje. En *La Corte de los Milagros*, donde solo es una referencia, y en una imagen fugaz, se le califica de “personaje agigantado, con el uniforme de los zuavos pontificios” (Valle-Inclán, 1927: 294). Y en *Viva mi Dueño*, aunque es ya un actante más, solo se localiza una breve descripción de él: “El Conde Blanc era meloso, insinuante, saturado de efluvios eróticos” (Valle-Inclán, 1928: 178). En los manuscritos conservados en el Legado Valle-Inclán Alsina/USC aún encontraremos una última imagen del farsante cuando acompaña a los reyes a un palco del Circo del Príncipe Alfonso, quienes muestran “extremos de afecto a un personaje de gran estampa, realizada con el uniforme de los zuavos pontificios. Se le suponía nieto bastardo del difunto Rey Narizotas: Era un buen mozo de sonrisa mediterránea, los ojos endrinos, con engaños y promesas de Oriente” ([6.09.105]-[6.09.106]), en la misma línea descriptiva que utiliza en UBN.

Pero si esta es su prosopografía, en general positiva con avisos y celos, su etopeya es bien distinta. Allí Valle-Inclán nos lo muestra como el “danzante” (en palabras del ministro Castro) que venía a sacar todo el provecho de la Corte, tanto por la ingenuidad de los soberanos como por las intrigas de la Monja de las llagas. Narváez, al inicio del ciclo isabelino, ya nos anuncia estas cualidades delictivas del Conde y la razón por la que le pone el veto a su reconocimiento:

El Gobierno tiene pésimas referencias del que se titula sobrino por la mano izquierda, de Vuestras Majestades: Ha recorrido varias Cortes Europeas, llamándose unas veces Conde Blanc y otras Príncipe Luis María César de Borbón: En todas partes ha vivido de un modo turbio: La Policía, alguna vez, le condujo a la frontera: Últimamente acompañaba al Infante

Don Juan, en Italia: No me extrañaría que hubiese llegado aquí bajo el patrocinio de alguna monja. (Valle-Inclán, 1927: 20).

El escritor incidirá, de manera reiterativa, en su afición al juego, algo que resulta oneroso. Por ello utilizará hábilmente una fórmula expresiva que acompaña al personaje con solo una leve variante: “famoso en las ruletas internacionales” o “famoso en las ruletas cosmopolitas”. Y en UBN se le declara como asiduo a Monte Carlo, “alrededor de la ruleta”.

Que es un fatuo y un hipócrita se percibe fácilmente en sus apariciones en *Viva mi Dueño*. Suele mezclar ambos rasgos, en especial cuando trata con los miembros de la familia real. Ejemplo paradigmático es el capítulo XII de “Las Reales Antecámaras”, donde reunido con los miembros de dicha familia, sigue el rezo del rosario, y en el que se muestra como un beato acérrimo, que domina el “protocolo en el rosario del Santo Padre”, con lo que “fue motivo de edificación para el concurso” (Valle-Inclán, 1928: 176), ejercicio máximo de hipocresía, que se mezcla con su fatuidad al presentarse como próximo al Papa, y que conoce datos tan íntimos del mismo, como la vida penitente del Pontífice (Valle-Inclán, 1928: 178). Y fatuidad son sus actitudes bravuconas, como cuando, sin venir a cuento, manifiesta su lealtad borbónica en extremos hiperbólicos y poco verosímiles: “Gustoso desnudaría mi espada y daría mi sangre por Vuestras Majestades” (Valle-Inclán, 1928: 171).

¿Y cuál es la imagen que tienen de él los demás? Al menos, los que le conocen algo, lo tienen por un “aventurero”. Así lo define el Marqués de Redín cuando lo percibe apeándose del landó del Nuncio (Valle-Inclán, 1927: 294), y el narrador, en UBN, lo define como “aventurero de gran estilo” (Valle-Inclán, 1929). Sin embargo, en cuanto a su capacidad como seductor y su eficacia en la conquista femenina (al estilo de Bradomín), prácticamente se obvia en la obra valleinclaniana; solo hay una referencia en UBN: “era muy dado a las faldas” (Valle-Inclán, 1929). La sexualidad sí es un rasgo principal del Conde, pero no se destaca como uno de sus intereses prioritarios, salvo en el caso de UBN, donde, precisamente por su satisfacción erótica, cae en una trampa básica y que permite el robo de la valija diplomática. La crítica, por su parte, ha fijado más su atención en la atracción erótica que siente el rey Francisco de Asís por su nuevo sobrino. Ya lo indicaba Schiavo (1977: 3): “le profesa algo más que un cariño

familiar”, hechos estos que, según Tasende-Grabowski (1994: 140) hacen que “el Rey consorte, quien al ver a su nuevo pariente se enamora perdidamente de él”.<sup>18</sup>

Sus pretensiones de reconocimiento por parte de la familia real, de la corte y del Estado van mucho más allá del deseo de ser tenido como miembro de la dinastía borbónica. Busca su ascenso social, y así pasa de ser un oscuro burgués a príncipe. Que existe un interés crematístico es indudable, pues por sus costumbres (jugador pertinaz, sin ninguna aplicación al trabajo, parásito vocacional) necesita dinero continuamente y en grandes cantidades. Ya en UBN, una de las explicaciones de su traición a la camarilla del rey es el asedio al que le someten sus acreedores, y por “los fallidos ofrecimientos de ayudarle con dineros” (Valle-Inclán, 1929). Pero sus problemas económicos no se hallan explícitos solo en la novelita original de 1929, sino también de manera algo velada en las narraciones de *El Ruedo Ibérico*.

Bien es verdad que en estas novelas Valle-Inclán no profundiza casi nunca en los aspectos negativos del Conde Blanc, cosa que queda en boca de otros, como Narváez y González Bravo, cuando se oponen a su reconocimiento. Muy distinto es el caso de UBN, donde se le presenta con todo su aparato de sinvergüenza, que no solo decide vender su valija con fines lucrativos, sino por el simple placer de hacer el mal y de paso jugársela a su protector, el secretario de Estado vaticano (le vino “más fuerte la tentación de jugarle una burla al cardenal Antonelli”): “El deseo furbo y maligno de sentirse canalla, se agrandaba en su alma de aventurero” (Valle-Inclán, 1929). En definitiva, es un pícaro de máximo

---

<sup>18</sup> Y aún otros estudiosos se centrarán en esta posible relación, o atracción, del monarca con su nuevo sobrino: “The King Consort's speech, always refined, becomes quite flowery when he is with his nephew, Blanc, and we glimpse the hopes he has for the future of the relationship” (Sinclair, 1977: 40). También destaca esta investigadora, como hace Schiavo (1977: 3), que tal atracción se le hace evidente de inmediato a la reina, “The attractions the Conde Blanc holds for the King Consort do not escape the sharp eye of the Queen, who comments to Adolfo” (Sinclair, 1977: 40). En efecto, en el capítulo XIV de “Las Reales Antecámaras”, así lo expresa Isabel, con su reconvencción y asco, justo con el que es en este momento su amante oficial, el Barón de Bonifaz: “Quizá demasiadas redondeces... Pues yo me sé, y tú también, donde ha dado flechazo... ¡Que existan esos vicios en el mundo! No tengo derecho para ser severa con los pecados del prójimo, sin embargo se hace de mucha necesidad otra lluvia de fuego...” (Valle-Inclán, 1928: 184-185).

nivel, de tal calibre que se le contrasta con otro de la mayor categoría, el propio cardenal, como hace en el texto endogenético de la carpeta [50]: “El Conde Blanc y Antonelli. De pícaro a pícaro” ([50.02.1.005]).

En cuanto a su relación con los miembros de la familia real, encontramos que es excelente con los soberanos desde el momento inicial del ciclo isabelino, quienes desean su reconocimiento, cosa que imponen cuando Narváez fallece y González Bravo se hace con el poder, pese a la leve oposición que muestra el presidente del Consejo. Una vez dentro del ámbito de la corte, le vamos a encontrar sobre todo en el círculo íntimo del rey Francisco de Asís, formando parte del Gran Camarillón Ecuménico, al que pertenecen el consorte de la reina, posiblemente el Nuncio (“Su Eminencia”), la Madre Patrocinio, el Conde y fray Fulgencio, como se nos muestra en *Viva mi Dueño*, pero también en los documentos manuscritos, como en la subcarpeta [55.05], donde se representa una escena de reunión de esta camarilla. En este hecho vemos que está cumpliendo su misión de agente del Secretario de Estado vaticano, y por el que la Monja le ha introducido en el círculo de los reyes. Pero es en *Viva mi Dueño* donde presenciamos su participación en el grupo ultramontano, que sirve a la conspiración apostólica para manejar la corona española. Esta se fundamenta en la confesión humillante de la reina, dictada por la Seráfica, acerca de la ilegitimidad de su hijo Alfonso, con el fin de inclinar la abdicación de la soberana en su hija María Isabel, recién casada con el conde de Girgenti, hijo del “Rey Bomba” (Fernando II de las Dos Sicilias) y ahijado del Papa Pío IX. Ese documento es el que le confía el consorte para que lo haga llegar a las manos del Santo Padre (Valle-Inclán, 1928: 306-307).

Así la Monja es el personaje esencial en la actividad del Conde Blanc en la corte. Ya lo explicitaba el Espadón en “La Rosa de Oro” (Valle-Inclán, 1927: 20), quien incluso se permite un juego de palabras para indicar quién es la culpable de la acción: “No me extrañaría que hubiese llegado hasta aquí bajo el *patrocinio* de alguna monja” (la cursiva es mía). En *Viva mi Dueño* se hace aún más explícito su ingreso en el círculo isabelino gracias a que la reina fue “aconsejada, según se propaló en hablillas de antecámara, por la Seráfica Madre Patrocinio” (Valle-Inclán, 1928: 170). En UBN también se indica que la Madre también le había favorecido en otra corte esencial, en la de San Pedro: “la madre Patrocinio,

monja seráfica que edificaba con sus milagros del protobeaterio hispano, habíale alcanzado las charreteras, en apostólicas milicias de Su Santidad Pío IX” (Valle-Inclán, 1929). Y más tarde es él quien nos informa del interés que había mostrado la Seráfica por llevarle al éxito en sus pretensiones: “La madre Patrocinio me auguraba el mejor resultado en mi empeño...” (Valle-Inclán, 1929). También hay rastros de la protección de la Monja en los documentos manuscritos, como en la presentación que se hace del conde en la carpeta [6], cuando apunta: “La Madre Patrocinio, y el regio confesor, le ayudaban para que prosperase en la Corte” ([6.09.106]), y algunas referencias a la concurrencia de ambos personajes en la Camarilla del Rey. En el texto [38.01] (eliminadas mediante tachaduras), se incluye “La Monja, el Conde Blanc”, y en la subcarpeta [55.05], donde se describe parte de una reunión de dicha conjura, en la que se encuentran, entre otros, la Madre y el sobrino de la mano izquierda.<sup>19</sup>

Pero la función de Blanc tiene otras intenciones más oscuras: maniobrar en favor de la conjura que organiza el Secretario de Estado Antonelli. Toda esta parte de la conjura tendría su protagonismo en el proyectado libro *Política Vaticana*, del que han quedado rastros en el Legado Valle-Inclán Alsina/USC, tal como ha estudiado Juan Bolufer (2016). Pero tanto en las novelas del ciclo como en otros documentos autógrafos hay algunas referencias a esta acción de espía de la curia romana. El propio hecho de que siempre esté vestido de zuavo pontificio proclama más su carácter de miembro representativo de la Santa Sede que de pretendiente al reconocimiento de su linaje borbónico. Y además es capitán de este cuerpo militar (Valle-Inclán, 1929), aunque en *Viva mi Dueño* se aclara que había ingresado en tal milicia “últimamente” (Valle-Inclán, 1928: 170). Sin embargo, en *El Ruedo Ibérico* no se menciona su relación con Antonelli, pero sí con el Nuncio, lo cual ya lo vincula con el Secretario de Estado. Tampoco hay duda de que la Camarilla del Rey, o Gran Camarillón Apostólico, está manejada por el cardenal, auténtico

---

<sup>19</sup> Lo cierto es que en el detalle de su protección y acompañamiento coincide la vida ficticia del Conde Blanc con la real, pues continuamente se informa, desde 1872, de la presencia de la Monja junto al intrigante, su valimiento, su calidad de fideicomisaria de la documentación que avalaría sus pretensiones, y, posiblemente, su connivencia en varias de sus acciones fraudulentas.

brazo derecho del Papa Mastai. Es en UBN donde sí se explicita la relación directa entre Monseñor Antonelli y el Conde:

El Príncipe, ahora, mediaba como correo diplomático en una gran intriga que con monjas y frailes, camarilleros isabelinos y emigrados carcundas, conducía monseñor Antonelli, cardenal secretario de Estado y camarero secreto de Su Santidad (...) El Nuncio de Su Santidad en Madrid había mediado aconsejándole que se volviese a Roma (Valle-Inclán, 1929).

Mucho más explícito se mostrará Valle-Inclán en los textos manuscritos que se conservan. En la subcarpeta [6.10] se dice: “El Conde Blanc actuaba como uno de los agentes secretos de Su Eminencia” ([6.10.112]). Al cardenal Antonelli se le muestra absolutamente reticente con el gobierno español, pese a su carácter ultraconservador, porque estaba convencido de que dominaba un liberalismo templado, masónico, y el fin de su conjura era acabar con ello: “El sobrino de la mano izquierda, sabíase de coro tales refranes, pero en aquella coyuntura se los guardaba en el pecho, por escrúpulo muy meritorio” ([6.10.115]). En otro documento, un personaje informado, aunque no sabemos de quién se trata, lo confirma: “El Conde Blanc actuaba [como] uno de los agentes secretos de su Eminencia” ([44.07.003]). De igual manera, en los documentos donde se cita a Blanc, se señala su intromisión en los grupúsculos clericales. En el texto [38.01] se destaca: “Tratos y misterios en el Real Palacio. Camarilla del Rey. La monja, el Conde Blanc. Mitras y sotanas” ([38.01.003]), mientras que en el que se halla en la carpeta [50], dice “El Conde Blanc y un secretario de la Embajada. Hay que proceder con audacia. Circulan rumores acusándole de chantage. El Conde Blanc y Antonelli. De pícaro a pícaro” ([50.02.1.005]).

Finalmente, en el autógrafo de la subcarpeta [44.11], que reproduce una conversación entre González Bravo y su cuñado Nocedal, este afirma que ha conocido al sobrino postizo porque se le ha presentado con “cartas de Monseñor Antonelli” ([44.11.009]). Pero la conjura apostólica no se limita a ser una intriga que procura efectos distintos a los legítimos en la sucesión del trono (todos ellos, por supuesto, dejando fuera de juego a Isabel II), sino que sostiene otra vía posible para la sucesión de la reina, en este caso centrándose en la figura del líder tradicionalista, el duque de

Madrid. La relación del Conde Blanc con la rama carlista no es tan evidente como la que sostiene con la vaticanista, pero sí tiene presencia en las obras del ciclo isabelino. Incluso es uno de los rasgos que del personaje señala Narváez cuando veta su ingreso en la familia real española: “Últimamente acompañaba al Infante Don Juan, en Italia” (Valle-Inclán, 1927: 20), y, en la misma novela, es el Marqués de Redín quien apunta este lazo con el bando legitimista de la pugna por el trono: “En París andaba metido en la abdicación del Infante Don Juan” (Valle-Inclán, 1927: 294). Pero no existe ningún tipo de desarrollo acerca de las posibles acciones del Conde con respecto al pretendiente Juan III.

Y, finalmente, en la subcarpeta [44.11], nos topamos con la conversación de González Bravo y su cuñado Necedal, donde el presidente del Consejo avisa al tradicionalista de que el gobierno conoce la conjura entre el Vaticano y la corte carlista con el fin de sustituir a Isabel por don Carlos, que es donde se deja como evidente la participación del falso sobrino.

UBN, y su versión CD, es un texto independiente, perfectamente construido y con un final definitivo. Es decir, Valle-Inclán lo escribió con la finalidad de que funcionase de manera independiente, sin mayor engarce con otras narraciones del ciclo isabelino, aunque en este caso sí la tenga. Parece evidente que, en su primera aparición, fue redactada expresamente para el medio argentino en el que se publicó. Nada más concluir la redacción de *Viva mi Dueño*,<sup>23</sup> decidió recuperar a este personaje que había tenido una interesante presencia en la novela, y narrar en ella un episodio que se había escamoteado al lector de la segunda entrega de *El Ruedo Ibérico*: cómo fue secuestrado y desvalijado de los documentos que portaba para el Santo Padre. En efecto, en *Viva mi Dueño*, y tras conseguir la Madre Patrocinio de la reina una carta muy dañina para los intereses de su hijo Alfonso, pero muy beneficiosa para la conjura apostólica de la Camarilla, Francisco de Asís le encomienda a su nuevo sobrino que sea él quien la lleve a Roma, y le indica que debe partir de inmediato hacia Italia (Valle-Inclán, 1928: 306-307), y muy poco después el Nuncio informa del secuestro del Conde Blanc, y del robo de su valija diplomática (Valle-

---

<sup>23</sup> Prácticamente ningún estudioso ha intentado establecer el momento de la escritura del texto, salvo Juan Bolufer (2016: 449), quien afirma que “la novelita [fue] redactada quizá el verano del año 1928”, opinión con la que coincido.



Inclán, 1928: 364-365). Pero el propio hecho de esta aventura se elude, y no dejaba de ser un asunto jugoso para un escritor como don Ramón, por lo cual ve una magnífica ocasión de contarlo y, de paso, mostrarnos en toda su dimensión a un ser modélico de golfo como era Luis María César de Borbón.

Lo que entorpece todas las teorías sobre su creación son los desajustes que encontramos entre los datos que ofrece acerca del Conde Blanc en las novelas isabelinas y los que hallamos en esta novela corta. Estos desajustes se concretan en unas pocas contradicciones entre la información que se nos ofrece en *Viva mi Dueño* con lo que se afirma en UBN y CD. Y serían los siguientes:

1. Reconocimiento del Conde en la Corte. En *Viva*, la reina realiza el anuncio de su admisión en la familia real, y luego en la Camarilla, lo que le facilita entrar en la conjura de las cartas que luego debe portar a Roma. Pero en UBN afirma que está vetado su ingreso en la corte por Narváez, y que, por lo tanto, no tiene más que relaciones secretas con los reyes. La contradicción se encuentra no solo en el hecho de que Narváez ya había fallecido, sino en que sin su entrada en la Camarilla apostólica no habría podido ser el correo diplomático de la misma.<sup>24</sup>

2. Conocimiento del contenido de la valija diplomática. En *Viva* está enterado del contenido de las misivas a Pío IX, pues participa en las reuniones de la conjura clerical. Sin embargo, en UBN desconoce el valor de la información que porta, y por eso “Había levantado todos los sellos y sabía cuánta era la importancia de aquellos pliegos”, y no una vez, sino dos, pues cuando se aloja en el Bristol Hotel, vuelve a levantar esos lacres, y a leer los mensajes (Valle-Inclán, 1929).<sup>25</sup>

<sup>24</sup> Speratti-Piñero (1961: 604) ya indicaba esta irregularidad: “Cuando en *Viva mi dueño* el conde sale de España, ya muerto Narváez, ha sido reconocido miembro de la familia real”, así como Bauló Domènech (1994: 96): “la más importante de las contradicciones es de orden cronológico: en *¡Viva mi dueño!*, antes del episodio, Narváez ya ha muerto, y la familia real ya ha reconocido y admitido en su círculo íntimo al Conde”.

<sup>25</sup> Lo destaca Éliane Lavaud (1991: 65): “en *Viva mi dueño*, el Conde está en el centro de la intriga y no tendría necesidad de deslazar las cartas para conocer el contenido como lo hace *El Bastardo de Narizotas* y en *Correo diplomático*”. Esto ya lo había resaltado Speratti-Piñero (1961: 604): “sabe perfectamente cuál es el contenido de la correspondencia que se le ha confiado y está a todas luces envuelto en la intriga que busca la abdicación de la reina”. Por otro lado, tanto Lavaud como Bauló Domènech afirman que el contenido de las cartas varía entre *Viva* y UBN: “la alusión a las cartas

3. La filiación del Conde Blanc. En este caso, se trata de una incongruencia entre las versiones de la novela corta, y se produce el único caso en el que Valle-Inclán confunde el grado de descendencia de que tiene con el rey Fernando VII. Invariablemente, en las novelas y en UBN lo trata siempre como nieto, pero en CD introduce una variante regresiva, al convertirlo en hijo bastardo de “Tigrecán”,<sup>26</sup> y que se refiera a Isabel II como “Mi amante hermana”, y no como “Mi amante tía”.

## CONCLUSIONES

¿Qué coincidencias encontramos entre lo que conocemos del ser real Louis Eugène Blanc y el Luis María César de Borbón que recrea Valle-Inclán en las novelas de *El Ruedo Ibérico*, y en UBN/CD? Muchas, especialmente en cuanto a su carácter, sus intenciones y sus relaciones con la familia real española, y con algunos de los personajes que rodeaban a Isabel II. El escritor accedió a una información sobre él que, sinceramente, se nos escapa. El hecho de que no coincidan el tiempo de la historia del ciclo isabelino con el de su actuación pública no deja de ser una licencia creativa perfectamente admisible. Pero la esencia de lo que muestra en sus obras narrativas y lo que alcanzamos acerca de la vida de este vivales es muy próxima, y que se puede resumir en los siguientes datos: 1. Se presentó ante la sociedad como nieto de origen bastardo del rey Fernando VII. 2. Utilizó los nombres de Conde Blanc y Luis María César de Borbón. 3. Fue protegido por Sor Patrocinio, quien sostuvo la legitimidad de sus derechos, y en cierta medida fue la que construyó todo el entramado en el que vivió el Conde hasta su expulsión de Francia, y 4. Llegó a entrar en la intimidad de los reyes, incluso a ser protegido por

---

precedentes ofrecidas a los Carbonarios relacionadas con los hijos de Isabel II desaparece. Lo que permite suponer que la misiva que el Conde Blanco lleva a Roma es precisamente la que la reina escribió en *Viva mi dueño*” (Lavaud, 1991: 65), y según Bauló Domènech (1994: 96), “Otro desajuste, no mencionado por Speratti-Piñero, se aprecia en el contenido de la carta. En *¡Viva mi dueño!* el secreto de la misiva es la ilegitimidad del futuro Alfonso XII, en *Un bastardo de Narizotas* y *Correo diplomático*, es la enfermedad del príncipe como factor favorable a la conjura vaticana para apoderarse del trono de España” (Bauló Domènech, 1994: 96).

<sup>26</sup> El apodo de “Tigrecán” dedicado al *Deseado* solo aparece en esta ocasión, pues Valle prefiere el de “Narizotas”. El apodo “Tigrecán” se lo aplicaron los liberales, y es el que utiliza Pérez Galdós en los *Episodios Nacionales*, en concreto en *7 de julio* (1876).

ellos, en especial por Isabel II, quien no solo lo sostuvo económicamente, sino que llegó a reconocerle en 1874, y a implicarse directamente en un asunto judicial donde podría haber quedado malparado, en 1875. El proceso podría haber dejado en evidencia a la ex reina que protegía a un estafador, falsificador e, incluso, posible pederasta.

Valle-Inclán se topó, cuando preparaba el ciclo de *El Ruedo Ibérico*, con un grupo de personajes históricos que le llenaron la mente de fantasías. Con ellos jugó literariamente, mezclándolos con sus propias invenciones, como los Torre-Mellada, los hermanos Bonifaz o Bradomín, y entre esos seres reales se encontró con un muy vivo e ilustrativo ejemplar de sinvergüenza imaginativo y exitoso en sus timos, como fue el Conde Blanc, que parece realmente nacido de su viva creatividad.

### BIBLIOGRAFÍA

- Abalo Gómez, Adriana (2021), *Una obra en marcha: estudio crítico-genético y edición facsímil de los manuscritos de “El Ruedo Ibérico” de Valle-Inclán*, Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela, Biblioteca de la Cátedra Valle-Inclán, 12, Serie facsimilares, 4.
- A. M. G. (1932), “Un prétendat au trône d’Espagne en 1869”, *La Révolution de 1848 et les révolutions du XIX<sup>e</sup> siècle*, 29, 142, sept.-nov., pp. 181-183.
- Annales (1905), “Draguignan”, *Annales de la Société d’Études Provençales*, Aix-en-Provence, II, pp. 73-74.
- Bauló Domènech, Josefa (1994), “Senderos bifurcados para un personaje de *El ruedo ibérico* de Valle-Inclán”, *Anthropos*, 158/159, julio-agosto, pp. 95-98.
- Cévoule, M. (1957), “Un Dracénois témoin de son temps: Le Capitaine Marius Textoris”, *Bulletin de la Société d’Études Scientifiques et Archéologiques de Draguignan et du Var*, II, pp. 134-135.

Crèmeur, F. (1885), “Nouvelles du High-Life”, *Pau-Gazette*, 95, 13 de diciembre, p. 2.

Croixvet, Henri (1885), “Petites Chroniques. Le comte Blanc, ou un faux infant d’Espagne”, *Le XIX<sup>e</sup> Siècle*, París, 14 de diciembre, pp. 1-2.

*L’Écho des Pyrénées* (1875), “Lettres parisiennes”, *L’Écho des Pyrénées*, Pau, 26 de junio, p. 2.

*La Época* (1885), “Ecos del día”, *La Época*, Madrid, 14 diciembre, p. 1.

*Le Figaro* (1875), “Télégrammes & Correspondances”, *Le Figaro*, París, 27 de abril de, p. 2.

*Le Gaulois* (1872), “L’héritier de la maison de Bourbon”, *Le Gaulois*, París, 30 de enero, pp. 2-3.

*L’Indépendant des Basse-Pyrénées* (1878), “Nouvelles locales. Tribunal correctionnel de Pau. Le Comte Blanc, ou un prétendant a la couronne d’Espagne pourscuir pour escroquerie”, *L’Indépendant des Basse-Pyrénées*, Pau, 31 de marzo, p. 2.

*L’Intransigeant* (1885), “Nécrologie. Le Comte Blanc”, *L’Intransigeant*, París, 12 de diciembre, p. 3.

Juan Bolufer, Amparo de (2016), “Huellas del libro *Política Vaticana* en el archivo manuscrito de Ramón del Valle-Inclán”, *Revista de Literatura*, LXXVIII, 156, julio-diciembre, pp. 445-472.

Lambert, Louis (1884), “Le petit fils du Masque de Fer”, *Le Gaulois*, París, 28 de abril, p. 3.

Larousse, Pierre, s.a., “Blanc (comte)”, *Grand Dictionnaire Universel du XIX<sup>e</sup> siècle*, t. 17, 2<sup>o</sup> suplemento, París, Administration du Grand Dictionnaire Universel, p. 581.

Lavaud, Éliane (1991), *La singladura narrativa de Valle-Inclán (1888-1915)*, A Coruña, Fundación Pedro Barrié de la Maza.

- Le Messager du Midi* (1875), “Affaires d’Espagne”, *Le Messager du Midi*, Montpellier, 14 de marzo, pp. 1-2.
- Mireur, Frédéric (1904-1905), “Un prétendant au trône d’Espagne au XIXe siècle”, *Bulletin de la Société d’Études Scientifiques et Archéologiques de Draguignan et du Var*, XXV, pp. LII-LIII.
- Œdipe* (1884), “Énigme historique. Une fille de Ferdinand VII”, *Le Figaro*, París, 25 de junio, p. 3.
- Pirala, Antonio (1893), *Historia contemporánea. Anales de la guerra civil*, Madrid, Felipe González Rojas Editor, volumen I.
- Roca de Togores, Alfonso (1912), “Una embajada interesante”, *Nuestro Tiempo*, Madrid, XII, 161, mayo, pp. 191-202.
- Saint-Chéron, De (1875), “Correspondances”, *L’Union Nationale*, Montpellier, 7 de marzo, p. 2.
- Schiavo, Leda (1977), “Sobre *Un bastardo de Narizotas*, de Valle-Inclán”, *Ínsula*, 363, febrero, p. 3.
- SEM (Valeriano y Gustavo Adolfo Bécquer) (1991), *Los Borbones en pelota*, ed. de Robert Pageard, Lee Fontanella y María Dolores Cabra Loredó, Madrid, El Museo Universal.
- SEM (2012), *Los Borbones en pelota*, ed. de Isabel Burdiel, Zaragoza, Institución “Fernando el Católico”.
- Sinclair, Alison (1977), *Valle-Inclán's “Ruedo ibérico”. A Popular View of Revolution*, London, Tamesis Books.
- Speratti-Piñero, Emma Susana (1961), “¿Un nuevo episodio de *El ruedo ibérico*?”, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XV, pp. 589-604.
- Tasende-Grabowski, Mercedes (1994), *Palimpsesto y subversión: un estudio intertextual de “El ruedo ibérico”*, Madrid, Huerga y Fierro.

Valle-Inclán, Ramón del (1927), *El Ruedo Ibérico. Primera serie I. La Corte de los Milagros*, Madrid, Imp. Rivadeneyra. Opera Omnia, XXI.

Valle-Inclán, Ramón del (1928), *El Ruedo Ibérico. Primera serie. Tomo II. Viva mi Dueño*, Madrid, Cía. Iberoamericana de Publicaciones, Imp. Rivadeneyra. Opera Omnia, XXII.

Valle-Inclán, Ramón del (1929), “Un Bastardo de Narizotas. Página histórica”, *Caras y Caretas*, Buenos Aires, XXXII, 1579, 5 de enero (15 págs. sin numerar).

Valle-Inclán, Ramón del (1933), “Correo Diplomático”, *Ahora*, Madrid, 13 de marzo, p. 7, y 20 de marzo, pp. 7-8.

Vauquelin, E. (1884), “Le roi blanc”, *L’Intransigeant*, París, 8 de mayo, p. 1.

*Le XIX<sup>e</sup> Siècle* (1872), “Informations”, *Le XIX<sup>e</sup> Siècle*, París, 31 de marzo, p. 2.